

DE LOS CENTAUROS

Humberto Giannini
Universidad de Chile



Un chiste ingenuo, sólo para sonreír, que corría por los años sesenta y que anticipa, a mi entender, el tema del 'fin de las utopías':

Una pareja de centauros contempla con tristeza a su hijito que se baña despreocupadamente en el río. Y se preguntan:
¿Cuándo nos animaremos a confesarle que los centauros no existen?.

La paradoja resulta del hecho que a través de signos evidentes de existencia -el hablar entre sí, el bañarse en un río, etc.- se ponga en duda esa misma existencia. Pero los centauros no hablaban, en el fondo, sino del estado de sus almas. Así hay que enterderlos: *se sentían* como no existentes.

Pienso que nosotros estamos siendo presas de una paradoja vital semejante cuando asumimos la actitud de aquellos que están frente y al margen de las utopías, inmunes a su realidad. Porque hablamos y nos seguimos comunicando como si en los supuestos y en las pretenciones que nos mueven no hubiese siempre algo o mucho de utópico: la utopía, por ejemplo, de que en la virtud del lenguaje se experimenta algo común con el mundo o se produce una comunidad verdadera con los otros, creencia que todos los días muestra cuán ilusoria puede llegar a ser. Pero, además, hablamos como si el tiempo y el espacio, que debieran discernir lo utópico de lo que no lo es, no fueran ellos mismos fantasmas que, como las utopías, nunca llegan a ser; cosas invisibles sobre las que se sostiene el ser de las cosas visibles.

¿Desde qué lugar, entonces, hablamos de lo utópico y de lo que no lo es? ¿Con que derecho?

Las realidades fundamentales, sostenedoras de todas las otras realidades que se nos vienen encima, están, por decirlo así, más allá de lo que llega a ser y a constituirse ante los ojos; de lo que se puede manejar y calcular. Están, o pueden retirarse, siempre más allá.

Los antiguos tenían un símil para expresar esta convicción: si la tierra que

tocamos y podemos recoger del suelo, estuviera constituída sólo del elemento tierra, al intentar cogerla se nos volaría de las manos, se dispersaría en un polvillo caótico e informe. Pues, la consistencia y unidad de la tierra que vemos le viene de un principio, llamémosle 'principio húmedo', que no vemos.

Si la utopía es lo que, deseable en sí, no llega a tener lugar entre las cosas que tienen lugar, habría que observar suma cautela para proclamar su fin en la vida del hombre. Sería como volver a la tosca confusión entre ser y ente.

Las últimas décadas de este siglo se han caracterizado por el derrumbe de los grandes proyectos colectivos en la historia de occidente: el derrumbe del proyecto marxista de una sociedad sin clases; el derrumbe del proyecto psicoanalítico de un individuo transparente para sí mismo y los otros; del proyecto filosófico (cartesiano-husserliano) de un pensamiento sin puntos de partida, sin presupuestos; del proyecto de una ciencia capaz de verificar sus asertos y de prevenir 'los fenómenos', sin limitaciones de principio. A todas estas aspiraciones -no desmedidas del todo, y en cualquier caso, racionales- el alma contemporánea las ve como aspiraciones a las que 'no ha lugar'. Como utopías. Hay, sin embargo, un derrumbe más insidioso detrás del escenario de estos derrumbes 'teóricos', y que podríamos individualizar como *d e s u t o p i z a c i ó n* de lo efímero.

Vamos a dedicar algún espacio a este hecho, tal vez más catastrófico que el primero, en cuanto hace imposible una verdadera reconstrucción de la experiencia colectiva e histórica.

Etimológicamente, pero también en términos normales, 'efímero' apunta a algo relativo al pasar cotidiano. Y el núcleo significativo debemos centrarlo ahora en esta palabra 'pasar'. Cuando pasa algo sin dejar nada detrás de sí, cuando pasa cayendo continuamente en un pasado anodino, en el que se pierde, a eso se llama también 'efímero'.

En este sentido, lo efímero es como la utopía, o mejor: como una forma de ucronía: ni el uno ni la otra encuentran lugar ni tiempo propicios para echar raíces en el mundo. Se asemejan al menos en eso.

Se podría decir, no obstante, que la utopía, al menos, tiene la fuerza de lo ideal irrealizable en este mundo; que en cierto sentido, lo mueve hacia arriba; que esa sería su función catalizadora: ser siempre utopía a fin de que la realidad se realice siempre hacia arriba también. Y se podría agregar que el bien efímero, en cambio, pasa, cae, porque la realidad sofoca continuamente y marchita su endeble constitución.

Todo esto podría decirlo un platonismo extremo. La utopía platónica contrapone, en efecto, la perfección del otro mundo (el de las Ideas) a la caducidad del pasar de todos los días; establece, así, el contrapunto más enérgico que halla existido entre el mundo sensible que vemos y el ser real que no vemos.

Contra esta polaridad, tajante y arbitraria, hay dos razones que ahora quisiera

exponer: Una es que en este mundo cotidiano o efímero también hay dioses, como alguna vez dijera Heráclito. Hay dioses, espíritus, demonios, que mueven invisiblemente las cosas que vemos y tocamos... Y, entonces, es como si en cada presente real hubiese la existencia de un dios, que nos hace señas a la distancia y que salva a ese presente de ser un mero paso hacia el futuro. La otra razón -y tal vez no sea sino el reverso de la primera- es que el pasar propio de la temporalidad cotidiana es el único modo que tenemos para experimentar la profundidad y el misterio del ser. Viviendo, 'nos pasan cosas', y en este pasar y repasar -en esta continua re-flexión espacial que es la vida- *lo que es verdaderamente* va dejando sus rastros en nosotros; nos va entregando sílaba a sílaba su nombre verdadero.

Así, pues, el núcleo significativo de nuestras vidas reside también en este verbo 'pasar'. Y poco tiene que ver esta categoría fundamental en la estructura de la existencia (categoría existencial), con el fluir heracliteano que pasa, y sigue adelante, y sigue, y abandona lo que pasa.

¿Quién no ha notado la tremenda ambigüedad, la sabia ambigüedad, que hay en este significado común de 'pasar'? Es cierto que, por una parte, pasa lo simplemente transeúnte, lo que no parece dejar huellas a su paso; pasa y se esfuma. Es efímero, decíamos. Pero, por otra parte, pasa aquello que repentinamente ocurre en la quieta identidad del mero pasar, y se instala en medio de la vida, y transforma hondamente esa vida. Tal pasar, al contrario del otro, es novedad de ser, transgresión a la identidad desértica del ser puro descrito por la filosofía pura. En otras palabras, todo lo que pasa realmente, lo que nos pasa, eso queda, como dice un poemacanción. No es, entonces, mero pasado; pues, constituye la esencia revalidada, legitimada, de lo que somos.

En definitiva, las cosas efímeras, con las que tenemos que contar día a día, premian nuestra decisión utópica de exponernos al reino de lo invisible, entregándonos finalmente su cualidad de ser más profunda y misteriosa. Y así, llegamos a ser la sustancia humanizada de esa tierra que recorreremos cada día, de esos lugares que frecuentamos; pero, esencialmente, llegamos a ser esos bienes y esos afectos que cultivamos. En otras palabras, llegamos a ser lo que amamos; porque 'el alma se vuelve, en cierta medida, todas las cosas'; pero sólo a condición de que vaya y vuelva a ir por ellas, en la medida de su amor. Este, el gran corolario ético de la concepción clásica del conocimiento.

Lo que queremos decir es, finalmente, esto: que existir es insistir, en movimiento circular persistir alrededor del ser que sólo se entrega y resplandece en lo efímero.

Ahora bien, nuestro espacio de movimiento no es otro que el espacio civil, el espacio de la vida cotidiana. Este es, pues, el lugar en que habita y se muestra el ser.

Vamos a concluir. Si, de tantas esperanzas de bien a las que el hombre ha renunciado, queda aún algo bueno, esto es el haber tomado distancias respecto de

las grandes construcciones intelectuales, de los grandes proyectos de bien universal, siempre postergados o, lo que es peor, siempre postergables, frente a 'la dura realidad'; si aun queda algo de bueno es el haber comprendido que, acaso, estas construcciones teóricas no eran habitables todavía para el hombre; que todavía no encontraban sitio en su corazón. Y que por eso eran utopías.

Sin embargo, en toda esta sucesión de derrumbes, lo más insidioso y profundo ha sido el lento derrumbe de los sentimientos que nos atan a la vida y a los otros; la minimización vital de todas las búsquedas; el triunfo de lo infundado, de lo convencional por sobre las convicciones; la igualdad valórica de todas las opciones; el recorte drástico, a veces cínico, de todos los anhelos.

Lo amenazante es, pues, que las cosas empiezan a pasar de otra manera; a articularse de tal forma, con tal economía de tiempo, que en este proceso se va cerrando el paso a todo lo que pueda inducir a una detención re-flexiva, y pueda, así, constituir un acto transgresor para esa economía. De este modo se convierte en utópico lo que el proceso impide ver: lo que pasa en cuanto proceso, y propiamente en cuanto proceso, es epifanía del ser. Lo amenazante es que las cosas empiezan a pasar como simples fenómenos. Y el proceder puro, como un activismo sin pausa, devora al proceso mismo (devora su sentido), como Cronos a sus hijos, con el objeto de anular cualquier conato de presencialidad.

En fin, si hay algo amenazante es que, como dijo Pascal, quemamos el presente que tenemos (lo efímero) por un poder ser que, en última instancia, se reduce a mero anhelo de poder.

¿Que novedad de ser puede depara un por-venir construido con los mismos materiales viejos del pasado? Sin el abismo de la trascendencia, ¿qué puede deparar la identidad, la ley, el mero ir adelante propio del progreso? ¿De que ayuda podría sermos la imaginación, la racionalidad, el cálculo? ¿Y qué sentido tienen esas palabras frente a la paradoja de la fe, que dice:

Es verdad que somos efímeros, pero por poco tiempo.